Con la señal de la Cruz aleja al demonio del cuerpo de unos posesos

cia por negocios, había contado al monarca detalladamente las maravillas obradas por Francisco.

«¡Ironía de la providencia! —comenta el historiador Dabert—. Al convento de Paterno, donde había ido el capitán con los soldados del Rey de Nápoles para arrestar a Francisco, el Fraile importuno y rebelde, el despreciado y escarnecido y después temido, se acerca ahora a la embajada del Rey de Francia para suplicarle.»

El Santo, con gran asombro del enviado del Rey, se niega a complacer a Luis XI.

Bien sabía él lo que había de suceder, pero no le permitía su prudencia aceptar la regia invitación, ni ceder a las insistencias de los embajadores. El Santo Varón, que en todas sus acciones no tenía otra norma que la voluntad de Dios, no veía en aquel negocio sino el apremiante interés de un poderoso monarca que pretendía alejar la muerte de sí. Evidentemente no bastaba esto para sosegar su conciencia; y ésta fue cabalmente la razón de su negativa.

No se dio por vencido Luis XI y pensó presionar a Francisco por medio del Rey de Nápoles para que apremiase a su súbdito a partir.

En el nombre de Jesús, dos mudos recuperan el uso de la palabra

Muy alegre de poder hacer un favor al potente Rey de Francia, Ferrante escribió al humilde Fraile, exponiéndole las razones de conveniencia y utilidad para que accediese a viajar, añadiendo que era su propio deseo y soberano querer.

La respuesta del Santo fue una segunda negativa.

Entonces el Rey Ferrante sugirió a Luis XI interceder ante el Papa Sixto IV. Inmediatamente el embajador de Francia ante la Santa Sede hizo la petición.

El Papa escribió a Francisco mandándole «por obediencia» iniciar el viaje, amenazándole con censuras si voluntariamente retrasaba el viaje.

Era la voluntad de Dios. No necesitaba Sixto IV recurrir a todo el peso de su autoridad para conseguir del humilde Ermitaño que accediese al deseo del Rey francés.

El soberano de Nápoles había puesto a disposición de Francisco una galera para que viajase con la embajada francesa, pero éste prefirió recorrer a pie la distancia de Paula a Nápoles.

Sabía el Santo que era un viaje sin retorno. Se entristeció al pensar que tenía que dejar

a sus hijos; que tenía que separarse de ellos, con los que había compartido oraciones y penitencias.

Reunió a todos y les invitó a perseverar santamente en la vida religiosa, recomendando de manera especial la obediencia, la abstinencia cuaresmal, la caridad que debería hacer de todos un sólo corazón y una sola alma. Además les exhortó a que rodeasen al P. Pablo Rendacio, a quien dejaba como Vicario, con los sentimientos de devoción y veneración que le habían manifestado a él. Abrazó y bendijo a cada uno.

Llegó su hermana Brígida, toda llorosa, para despedirse y le rogó le dejase un recuerdo.

—Hermana querida, resígnate, por caridad; te prometo que me acordaré todos los días de mi vida delante de Dios en mis pobres oraciones.

Insistía la hermana y Francisco no teniendo nada que darle, se quitó una muela y le dijo: —Toma, ten esto como recuerdo.

Vino un querido amigo, Pablo Della Porta, a recibir la última bendición y el Santo le dijo: —Te acompañe siempre la gracia de Jesucristo bendito, que es el mayor y el más precioso de los dones.

Vinieron multitudes de Paula y de los pueblos vecinos, todos los devotos y los que de alguna forma se habían beneficiado de sus prodigiosos dones. Querían saludarlo, verlo por última vez, angustiados por perder al padre, al bienhechor, al defensor de los pobres. Manos descarnadas, delicadas, callosas, vigorosas de jóvenes, de mujeres, de niños, de viejos se alzaban ansiosas de tocar al menos la orla de su pobre hábito. Ante muestras de tanto afecto, su gran corazón se conmovió.

Que la veneración hacia el humilde ermitaño en el reino de Nápoles era unánime e incondicional, el mismo rey Ferrante lo reconoce en una carta a Francisco, unos meses después de su partida: «Estos pueblos os quieren como padre y desean ardientemente vuestro regreso. Tenga por cierto el Rey de Francia que si no hubiera sido por la preocupación que tenemos por su persona, jamás habríamos consentido que hubierais partido de nuestro reino, persuadidos de que sólo vuestra sombra era suficiente para defendernos de todo peligro; ahora nos damos cuenta de cuanto gozo y consuelo nos proporcionaba vuestra presencia».

Apoyado en su nudoso báculo, que soste-

Obtiene a una mujer la curación de su hijo moribundo

nía el peso de sus sesenta y siete años, con el libro de sus devociones bajo el brazo, tres hermanos ermitaños y el paciente asnillo, en febrero de 1483, Francisco marchó camino de Nápoles. Para lo demás pensaría la Providencia divina y la caridad de los buenos hombres.

Hacia Nápoles

La comitiva prefirió el camino del interior, quizás para tener la posibilidad de visitar los conventos de Corigliano y Spezzano Grande.

Siguiendo su camino pasaron por Castrovillari y Morano Cálabro donde pernoctaron en la «Taberna della Bianca».

Desde el monte Sant'Angelo, se desplegó ante su mirada el más hermoso panorama de Calabria. El Santo contempló la inmensa y desolada llanura del Valle del Crati hasta las alturas nevadas de la Sila, y en sus oscuras laderas los pueblecitos melancólicos entre encinas y castaños; y se afligió a impulsos de una profunda piedad y una aguda congoja por los dolores y las miserias de aquellas gentes que allí se albergaban. Y así, con los ojos llenos de lágrimas, extendió los brazos hacia aquella

tierra querida y la bendijo, implorando de Dios para ella días mejores. Prosiguió su camino dejando impresa la huella de sus pies en la roca: último recuerdo para la fuerte y generosa Calabria que dejaba y que jamás volvería a ver.

Desde Pollino pasaron al altiplano de Campo Tenese, internándose en la provincia de Potenza. Llegaron a Castelluccio, donde pidieron por caridad un vaso de vino para calmar la abrasadora sed.

—De buena gana, pero el tonel está vacio desde hace tiempo —respondió con sinceridad el buen hombre.

—Hermano mío, id por caridad, agujeread vuestro tonel y no dudéis que hallaréis vino.

El hombre seguro de no encontrar ni gota de vino, fue al tonel... y maravillado lo encontró lleno de buen vino.

En Lauria ocurrió el milagro de «Martinello» que devolvió las herraduras al avaro herrero que no se las quiso poner por caridad. Poco más adelante, en Lagonegro, un buen hombre se las puso.

La noticia del viaje de Francisco hacia Nápoles se corrió por todos los pueblos del recorrido como la pólvora, y era una corriente

interminable de personas de todas las clases sociales, que salían a su encuentro para verle, oírle y obtener su bendición.

El enviado de Luis XI que le había precedido por el mar, fue hasta Salerno para encontrarse allí con Francisco, donde asistió a uno de los mayores y entusiásticos recibimientos de que fue objeto el Santo por parte de toda la ciudad.

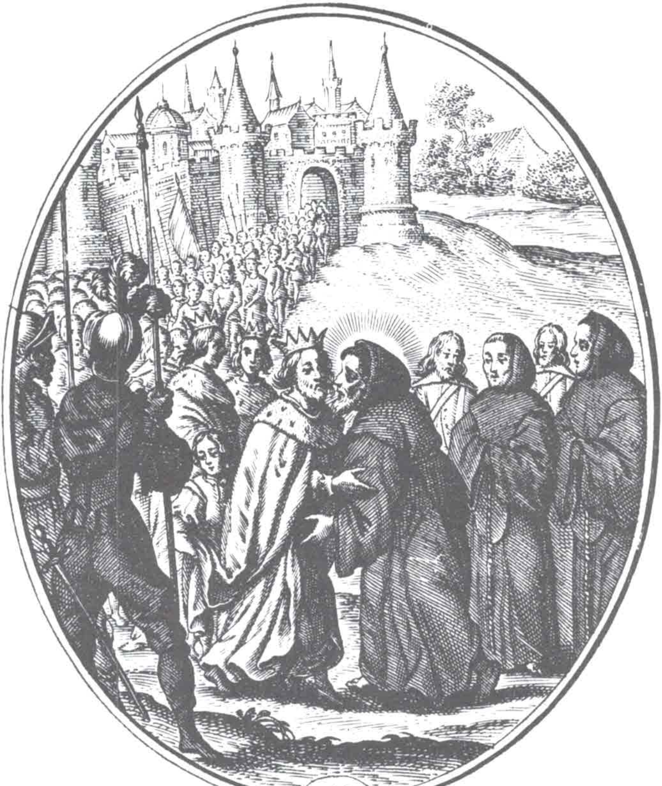
En medio de tantas demostraciones de simpatía, él permanecía indiferente en su profunda humildad, estimando vanidad despreciable toda la gloria humana.

En Salerno fue a hospedarse en casa del matrimonio Capograssi, quien le contó su pena: todos los hijos habidos en el matrimonio habían fallecido en muy tierna edad.

—No os aflijáis, porque el Señor os concederá otros hijos, los cuales vivirán y perpetuarán vuestra familia. Pero al primero que nazca deberéis ponerle el nombre de Francisco-María. A los que nazcan después podéis dar el nombre que os plazca, pero deberéis añadir siempre el de la Virgen, Madre de Dios.

Y la promesa del Santo se cumplió.

Enprendió de nuevo la comitiva el camino y bien pronto llegó a la vista de Nápoles.



Se encuentra en Nápoles con el rey Ferrante de Aragón

La acogida triunfal que Nápoles dispensó al Santo no se había visto jamás, ni siquiera para el recibimiento de personajes ilustres.

Efectuó su entrada por la Puerta Capuana y al alegre anunció de su llegada, una multitud inmensa de hombres y mujeres, de toda edad y condición social, acudió a la Puerta Capuana hasta henchir todos los alrededores.

Llegan sucesivamente todas las autoridades de la ciudad, con el alcalde de los nobles y el del pueblo. Un poco más tarde llegan las carrozas reales, escoltadas por un batallón de guardias de Corps. Se apean el rey Ferrante y sus tres hijos: Alfonso, duque de Calabria, Federico, príncipe de Tarento, y Francisco, duque de Sant'Angelo con un cortejo numeroso y brillante de altos dignatarios del Estado, de barones y de caballeros.

El Rey se acercó al Santo para abrazarlo y darle la bienvenida a la capital de su Reino, mientras la gente rompía en estruendosos aplausos.

Entre el soberano y el enviado de Luis XI, Francisco iba protegido por los soldados porque el pueblo en su entusiasmo lo habría ahogado.

«Caminaba —cuenta un testimonio de

El rey Ferrante espiando ve al Santo en éxtasis

vista— recogido y unido a Dios, insensible a las aclamaciones». Siendo nuevo para él el ambiente en que se encontraba, respondía con gentilezay prudencia a las preguntas que con curiosidad le hacían, «como si se hubiera educado en la corte».

Llegaron por fin al Castillo Castel Nuovo donde la reina Isabel y las damas le esperaban para obsequiarlo.

En el castillo del Rey Ferrante de Nápoles

Una habitación del Castillo —posteriormente transformada en capilla dedicada al Santo— estaba reservada, contra su voluntad, para alojar al Santo y a sus compañeros. Otro era el deseo de Francisco, que hubiera preferido quedarse en el pequeño convento que sus frailes tenían; pero hubo de ofrecer este sacrificio, pues tal era para él vivir en palacio.

El Rey había ordenado hacer una rendija en la puerta para espiar al Santo y estudiar su comportamiento.

Por la noche fue a mirar. Maravillado, vio la habitación llena de luz y a Francisco en

éxtasis hablando con Dios, mientras que sus compañeros dormían.

Valiéndose de esta rendija y queriendo el Rey tener un retrato de Francisco, mandó a un pintor de fama que por ella espiase al Santo; así consiguió tener lo que de otra manera habría sido imposible.

El capellán de la corte, P. Ambrosio Coppola, fue testigo de otro milagro. Declinando el humilde ermitaño sentarse a comer a la mesa del Rey, éste, un día que le presentaron un plato de peces fritos, los mandó llevar por un paje al Santo. Trazó éste la señal de la cruz sobre el plato y se vio cómo volvían a la vida. Se los devolvió al Rey, diciendo:

—Así como yo los he restituido a la vida, dígnese él devolver la libertad a tantos infelices como tiene sepultados en el fondo de las prisiones.

Había asumido Francisco una misión en favor de sus hermanos: pobres o ricos, plebeyos o nobles a todos trataba por igual, porque él miraba a la salvación del alma inmortal que habita lo mismo en el cuerpo del mísero campesino que en el del mayor monarca de la tierra. Quizás eran éstos los que tenían mayor necesidad.

Y fue precisamente el soberano de Nápoles, rodeado de una corte llena de aduladores, donde era endiosado, el que oyó un día la voz de Francisco; voz llena de humildad y de sinceridad, donde no tenía cabida la falsedad ni la mentira; voz llena de sencillez, pero firme; voz que venía del desierto como la de Juan el Bautista.

La ocasión la dió el mismo Rey al obsequiar a Francisco con unas monedas de oro para construir un convento en la ciudad. Dio las gracias el Santo y las rehusó cortésmente, y con acento intrépido de quien obedece la voz de Dios, le dijo: —Majestad, oprimido está vuestro pueblo y empobrecido por un gobierno que desagrada a Dios y a los hombres. En todo el reino el descontento es vivísimo y general, y si el clamor de tantos infelices no llega hasta Vos, es por la adulación de los cortesanos que os rodean. Acordaos, Majestad, que Dios ha puesto el cetro en vuestras manos, no para que tengáis comodidad para hacer el mal, sino para ofreceros el medio de procurar el bien y la felicidad de vuestros súbditos con el ejercicio de la justicia y de la caridad. ¿No pensáis en la estrechísima cuenta que habéis de dar al Señor, por todas las injus-

Rompe una moneda y sale abundante sangre, amonestando: «Esta es sangre de los pobres»

ticias, extorsiones y rapiñas que vuestros ministros cometen impunemente en daño de vuestro pueblo? ¿O creéis tal vez que para los que reinan no hay infierno? ¿Y que sería de vuestra alma si en este mismo instante tuviera que comparecer delante del tribunal divino? Este oro que me queréis ofrecer para fabricar un convento a mis frailes en la capital de vuestro reino, este oro, repito, no es vuestro, que es sangre exprimida de las venas de vuestros súbditos, por el peso de gabelas ya insoportables. Hábloos, Majestad, un lenguaje que jamás oísteis, porque a mí, vuestro último, pero fidelísimo súbdito, importa sumamente no menos el bien del pueblo que la salvación de vuestra alma. Pues bien, en nombre de Dios torno a repetiros lo que otra vez os escribí; si no enmendáis pronto vuestra conducta y no mejoráis vuestro gobierno, ¡no pasará mucho tiempo sin que se derrumbe vuestro trono y desaparezca vuestra estirpe!...

Y para confirmar la verdad de sus palabras, cogió una moneda de oro, la rompió y brotaron al momento varias gotas de sangre:

—Esta es, Majestad, la sangre de vuestros súbditos que grita a Dios.

El Rey, pálido, no supo qué contestar. La

Se despide del rey Ferrante de Nápoles

profecía de Francisco se cumplió: la casa real de Aragón desapareció viviendo aún el santo Ermitaño.

Durante su estancia en Nápoles, Francisco obró varios prodigios.

La hija de una mujer llamada Marinella, era una llaga aquejada del mal de San Lázaro, cuando fue acompañada por su madre a la presencia del Santo.

—Si de veras queréis que Dios cure a vuestra hija, primero debéis restituir la fama que injustamente habéis quitado a vuestro marido y a la madrina de Antonietta.

Dio Francisco unas hierbas para que las cociese y con el agua lavase a la enferma.

Marinella reparó la calumnia y tras el lavado sanó la hija.

Un joven noble de Spezzano, amigo y devoto del Santo, encontrándose en Nápoles quería acompañarlo a Francia.

—¿Oyes algo?— le preguntó Francisco.

—No- repuso el joven.

—Escucha bien— insistió el Santo.

—Sí, ahora oigo un sonido que me parece la campana de mi parroquia de Spezzano.

—No te has equivocado, y sepas que anuncia la muerte de tu querido padre. Confór-

A los pies del Papa Sixto IV

mate con el querer de Dios y regresa de prisa a casa para atender los negocios de tu familia.

El joven regresó a casa y constató la triste realidad.

Luis XI estaba ansioso esperando la llegada de Francisco. En el barco preparado al efecto, el Santo y sus acompañantes reemprendieron el viaje.

El Rey Ferrante quiso que le acompañaran su hijo Federico, príncipe de Tarento, el patricio y poeta napolitano Francisco Galeota, seis nobles y algunos caballeros.

En Roma

En Fiumara Grande, cerca de la desembocadura del Tíber, el trirreme encalló en un banco de arena y fueron inútiles todos los intentos para sacarlo a flote. El Santo descendió a tierra y se retiró sólo a orar. Al instante el barco empezó a bambolearse libre sobre las aguas.

En Roma se renovó el entusiasmo de Nápoles: cardenales, sacerdotes, nobles y plebeyos se habían reunido para recibirle.

Al día siguiente de su llegada, Francisco

fue al Vaticano y besó el pie de Sixto IV; le agradeció la aprobación que había concedido a su Congregación; se declaró dispuesto a obedecer el deseo del Papa, haciendo el viaje a la corte de Francia; pidió para él y para sus ermitaños la bendición apostólica.

El Papa lo abrazó y lo hizo sentar cerca, entreteniéndose con él en familiar conversación.El Pontífice se informó con especialistas de la oportunidad de que el Santo y los suyos practicaran el voto a perpetuidad. Entonces el Santo Ermitaño señaló al Cardenal Julián de la Róvere, presente en la audiencia, y dijo:

—Padre Santo, he aquí el que me concederá lo que ahora Vuestra Santidad cree que debe negarme.

Más tarde, siendo elegido Papa el Cardenal Julián de la Róvere, con el nombre de Julio II, sancionó el cuarto voto de vida cuaresmal perpetuo para los Mínimos.

Sixto IV hizo a Francisco la propuesta de ordenarle sacerdotes; pero el Santo, echándose de rodillas, se declaró indigno de tal consagración.

El Pontífice, admirado de tanta humildad, quiso demostrarle su aprecio y le concedió la facultad de bendecir rosarios y otros objetos de devoción.

Durante los días que Francisco pasó en Roma, hospedado por el embajador de Francia, visitó las iglesias dedicadas a la memoria de los apóstoles, de los mártires y de los santos, que un día siendo muy joven, habían decidido su voluntad por la vida de santificación.

Se encontraba aquellos días en Roma Lorenzo de Médici con su hijo Juan, de siete años. Presentándoselo a Francisco le dijo: —Juan, besa la mano al Santo. Y Francisco añadió: —Sí, yo seré Santo cuando tú seas Papa.

La predicción se realizó, andando los años; el pequeño Juan llegó a ser León X canonizando a Francisco el 1° de mayo de 1519.

Después de algunos días, a instancias del soberano francés, la comitiva se puso en camino hacia Ostia, con las mismas manifestaciones de entusiasmo como lo habían recibido por parte del pueblo y la nobleza.

A Ostia llegó un hombre pidiendo ayuda para su dueño. Había sucedido que la mujer de dicho dueño guardaba un poco de paja de la cama en que Francisco había dormido en casa del embajador francés. El dueño, despreciando los sentimientos de su esposa, hizo ademán de tirar la paja pero le quedó paralizado el brazo.

Profetiza al cardenal Julián de la Róvere que un día será Papa (Julio II)

—Puedes estar tranquilo, hermano; vete a tu casa que no es nada —le aseguró Francisco, cuando escuchó lo ocurrido.

Vuelto a casa, encontró a su dueño curado.

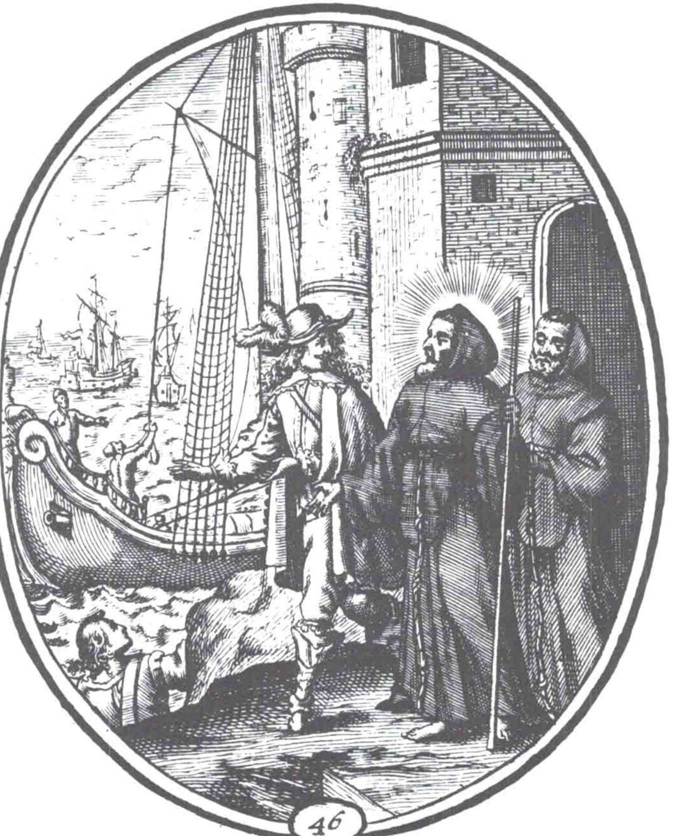
Hacia Francia

La navegación de aquellos tiempos no era fácil ni segura; varios peligros acechaban a los viajeros que se aventuraban por los caminos del proceloso mar.

La intervención del Santo fue decisiva, evitando con su oración, muchos de los que le salieron al paso.

Empezaron nada más llegar a Ostia. La marea había bajado tanto que la nave estaba atascada en la arena. Esto disgustó mucho, sobre todo al enviado de Luis XI, que veía retrasarse más la suspirada llegada de Francisco a la corte del Rey.

Una vez más tuvo que intervenir el Santo: —Por caridad, hermanos, volved a medir la profundidad del agua y con la ayuda de Dios encontraréis fondo suficiente—. Y en efecto, sin saber cómo, el nivel del agua había subido lo suficiente.



Viaja sobre una galera de Ostia hacia Francia

Una violenta tempestad obligó a echar el ancla en el golfo de Lyon. Un velero pirata que los vió se acercó y abrió fuego de cañón. Los del trirreme, despavoridos, invocaron a Francisco que se hallaba en el camarote orando; éste los animó y dijo: —Hermanos, levad el ancla y no tengáis miedo; con la ayuda del Señor, ninguno de vosotros sufrirá ningún mal—. Y así sucedió; la nave pirata quedó inmovilizada y la galera, con viento a favor, se salvó.

En la bahía de Bormes, Francisco se despidió de los caballeros napolitanos, y con el Señor de Bussieres, Juan Moreau, Galeota y sus frailes se dirigió hacia la ciudad.

En Bormes reinaba la peste y estaba cerrado el acceso a la ciudad para los forasteros. —Por caridad, hermanos, dejadnos entrar, Dios está con nosotros— pidió Francisco a los que guardaban la puerta. Abrieron después de muchos ruegos. Es posible que la fama del taumaturgo calabrés hubiera llegado hasta allí. De hecho todos los ciudadanos salieron al encuentro del Santo rogándole que los librase del terrible flagelo. Trazó el Hombre de Dios sobre ellos la señal de la cruz y los apestados quedaron curados. En las murallas de Bormes

Entre los apestados de Bormes y de Frejus toma contacto con la humanidad dolorida en tierra de Francia

se habían refugiado gentes de Tolón y de las cercanías, huyendo de la epidemia; también ellos fueron inmunizados contra la enfermedad.

Siguieron los viajeros hacia la corte del soberano y llegaron a Frejus. Una ciudad insólitamente desierta.

—¿Cómo no hay nadie por las calles? —preguntó Francisco a una mujer.

—¡Ah, padre mío! ¿No sabéis que tenemos la peste? La mitad de la población ha muerto y los demás o han huído o están enfermos.

—Pues bien, corre a decirles que he venido a ayudarles.

Todos los enfermos se arrastraron hasta los pies del Santo y fueron curados, mientras que los que se habían marchado entraron en la ciudad libre de contagio.

Juan Moreau se separó del grupo y corrió a avisar al Rey de la proximidad de Francisco.

—Pedidme lo que queráis— le contestó el Rey, que al decir de un testigo, se alegró tanto que no sabía si estaba en la tierra o en el cielo. Moreau recibió de Luis XI diez mil ducados de oro.

La esperanza de la curación había dado al

Primer encuentro con el rey Luis XI de Francia

Rey nuevo vigor ante la angustia de la enfermedad que día a día iba agravándose.

Mandó a Lyon a su mayordomo Rigault Doreille con cartas para que el Ermitaño de Calabria fuese acogido y hospedado dignamente.

En Lyon, donde había llegado a caballo, Francisco se acomodó en una carroza y continuó el viaje pasando por Auxerre, Roanne, Orleans, precedido siempre de la fama de sus milagros, aclamado y festejado por todos. Se cuenta que la multitud admirada y como fuera de sí por los milagros del Santo, llegó a arrancarle parte del hábito, con tal de tener un recuerdo.

En Amboise le esperaba, por orden del padre, el Delfín, de doce años, futuro Carlos VIII, junto con familiares y autoridades. Cuando el Santo estuvo cerca, el joven se arrodilló y le pidió la bendición. Al día siguiente marchó para Tours, última etapa de su largo viaje.

En la corte de Luis XI

Desde el castillo de Plessis-lez-Tours, situado fuera de la ciudad, cojeando y envuelto en

el manto real, Luis XI, seguido de toda la corte, salió a esperar a Francisco, y tan fastuoso y entusiasta fue el recibimiento como si del mismo Pontífice se tratara.

Se encontraron los dos: Francisco de Paula, el humilde fraile, el penitente ermitaño que venía del desierto, y Luis XI, el monarca de la corte más importante de Europa, el más temido, el más despótico y cruel.

Se invertían los términos. Luis postrado a los pies del Santo, suplicándole que le fuese prolongada la vida, a la que se aferraba desesperadamente y que se le iba escurriendo poco a poco.

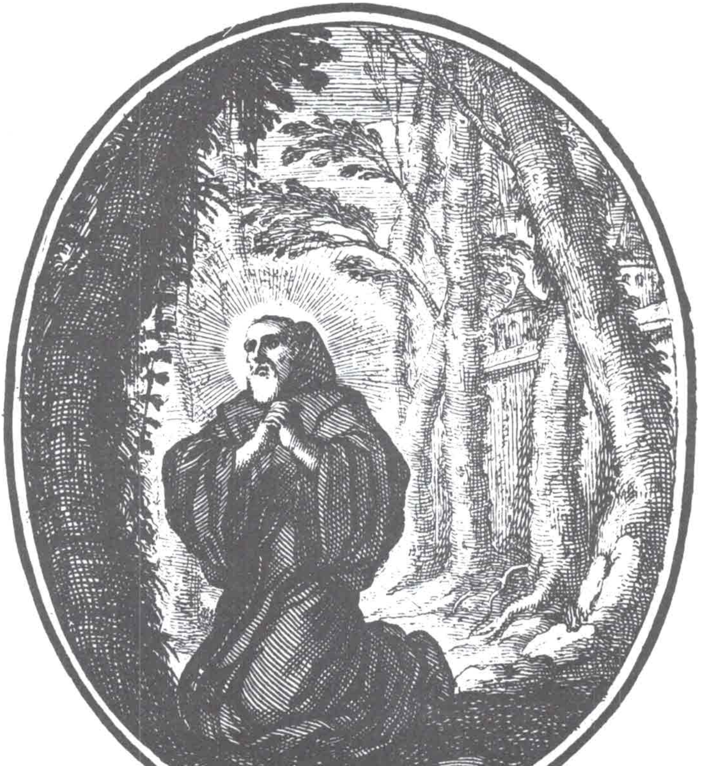
Francisco ante un recibimiento tan grandioso en medio de tanto esplendor, no se mostró ni intimidado ni confuso. Ante el apremiante ruego del Rey, Francisco que había curado a tantos, no iba a devolverle la salud; bien lo sabía él. El prodigio que el soberano quería, lo realizaría, sí, pero no en beneficio del cuerpo sino del alma. El Santo, prudente, respondió al Rey de forma que ni lo engañara ni lo espantase.

Para el monarca francés tal vez fue aquel el día más hermoso de su vida. Resplandeciente de alegría, púsose al lado del Santo y lo condujo al aposento que había hecho aparejar

para él y sus compañeros religiosos. Estaba situado en el recinto del palacio, al lado norte, junto a la capilla de San Matías. Puso a Ambrosio de Rambault, persona hábil y fiel que sirviera a Francisco de intérprete, ya que no sabía francés. A Bussieres y a Pedro Briçonnet les encargó de proveerlo con todo esmero en lo requerido para la manutención suya y de sus frailes. Todos los días iba el Rey a visitar al «buen hombre», como gustaba llamarle; todos los días hacía la misma operación; se arrodillaba e insistía en la misma petición, esperando que el Santo dijera: —Levántate y anda.

Pero esa esperada palabra no llegaba nunca. Era esperada por muchos con espectación, no tanto porque quisieran el bien del Rey, cuanto por interés personal. Personas había en la corte que en cuanto el Rey faltase serían juzgadas por la justicia de tantos delitos cometidos. Otros esperaban el exhibicionismo de los gestos del Santo. Pero éste sólo repetía: —Sólo a Dios el amor y la gloria.

A Francisco le preocupaba más la salvación de aquella alma más que la salud del cuerpo. Por eso había viajado desde su lejana Calabria «hacia una región lejana donde se habla un idioma distinto».



Para huir del fasto de la corte se retira
a la soledad del parque de Plessis

De nada servían las visitas, las lisonjas, las limosnas que el Rey en persona o por mediación de otros llevaba o enviaba a la celda donde siempre encontraba al «buen hombre» en oración.

Un día le mandó una vajilla de oro y plata.

—Decid a su Majestad que estos utensilios tan preciosos son inútiles a los pobres ermitaños; para nosotros es suficiente una escudilla, una taza de madera y un puchero de barro—, fue la respuesta de Francisco, pues en la corte seguía el mismo tenor de vida que en el desierto.

Le envió también una estatuilla de la Virgen María cincelada finamente en oro macizo.

—Dad las gracias al Rey de tanta generosidad, y decidle que mi devoción no es para el oro y la plata, sino para la Virgen, Madre de Dios que reina en el cielo con su Hijo Jesucristo. Yo con una imagen de papel tengo bastante.

En una de sus visitas diarias, el Rey sacó de debajo de sus ropas una bolsa de oro y le dijo: —Buen hombre, ahora que nadie nos ve, coged este dinero que os servirá para edificar en Roma un convento de vuestra Consagra-

ción. Y Francisco contestó: —Majestad, en vez de darme a mí ese dinero, restituidlo a vuestros súbditos, a los cuales se lo habéis quitado injustamente.

De ninguna forma, ni con súplicas ni con sobornos conseguía el Rey su curación.

Intentó por el camino de la diplomacia escribiendo al Papa, para que como obligó al Ermitaño a ir a Francia, de la misma manera le persuadiese a obtenerle la curación. Sixto IV respondió enviando a Francisco dos *Breves* con los cuales le obligaba, bajo precepto de obediencia y con pena de excomunión, a impetrar del Señor la curación del «Rey Cristianísimo», sin tener en cuenta lo que otros le pudieran haber dicho en contra.

Rezaba el Santo por esta finalidad, pero la voluntad de Dios sobre Luis XI era muy distinta.

Una conversión inesperada

Aunque el milagro no llegaba a producirse, el monarca deseaba la compañía del santo Ermitaño. De los largos coloquios con el «buen hombre» salía con lágrimas en los ojos y con el

ánimo sereno; reconciliado con Dios, consigo mismo y con sus súbditos, y hubiera querido tenerlos a todos cerca para pedirles perdón y restituirles cuanto les hubiera quitado injustamente.

En su cara pálida y escuálida se veía una calma, una dulce serenidad que contrastaba con su carácter anterior, habitualmente avieso y cruel.

Luis estaba seguro de tener delante a un auténtico santo, tan diferente, tan distinto de los charlatanes que le habían engañado durante años.

Tuvo la confirmación de aquello que pensaba el día que su hija primogénita Ana le llamó para contemplar un espectáculo paradisíaco.

Para evitar el ruido fastuoso de la corte, Francisco se retiraba con frecuencia al bosque del parque real, en el que había hecho una pequeña gruta, escondida a la vista de todos y que le recordaba la cueva de Paula.

Acertó a pasar Ana, por pura casualidad, en su paseo de la tarde; vio a Francisco en éxtasis, envuelto en un radiante fulgor. Como la princesa, también lo vio el Rey, y desde aquel momento frecuentó más su trato, para él tan beneficioso.

En uno de los encuentros que diariamente tenían, el Santo le dijo abiertamente cuál era la voluntad de Dios.

—Buen hombre —le había dicho el Rey—, espero de vos una respuesta clara y precisa de estos tres puntos que, al presente, tienen muy agitado mi espíritu. Vos podéis contestarme porque tengo motivos para creer que el Señor os ha dado sobre esto particulares luces. Habéis de decirme si curaré de esta dolencia; de qué modo he de componer las desavenencias con el Rey de Aragón por los condados del Rosellón y la Cerdaña; y cuáles son las calamidades que afligirán a Francia después de mi muerte.

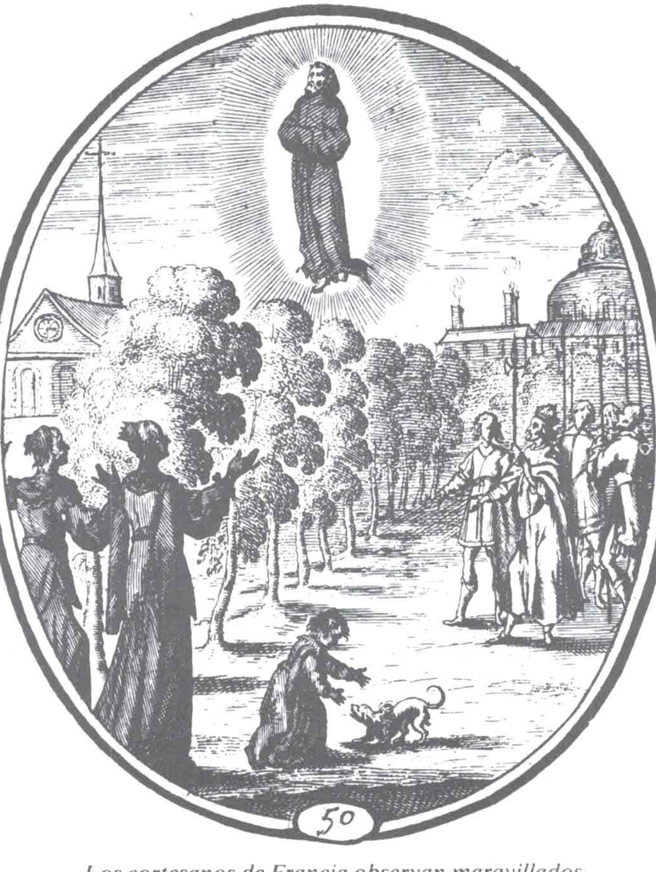
—Majestad, no hay nadie en este mundo que pueda presumir de indagar los divinos quereres; mas si es el Señor mismo quien los manifiesta es deber nuestro someternos prontamente a ellos y adorarlos. Llamado por vos, me negué a partir por no abandonar mi soledad; mas cuando conocí que Dios me quería junto a vos, no vacilé en venir aquí para haceros conocer su santa voluntad. Pues bien, Majestad, debo deciros que no curaréis, y que es necesario poner, sin demora, en orden vuestros asuntos porque bien poco tiempo os que-

da ya de vida. Respecto a la contienda con el Rey de Aragón, siento teneros que exhortar a cederle lo que le toca. Al tercer punto, respondo con profundo dolor, que dentro de poco, vuestro reino será castigado con el azote de la herejía.

Con su palabra inspirada y con su vida santa Francisco le hizo un milagro al Rey de Francia, un milagro de orden moral. Venció la oposición de su índole rebelde, despegó el corazón de todo lo que era terreno, lo dispuso a arrepentirse, a reparar los desórdenes de su gobierno, a aceptar con resignación cristiana la muerte. La muerte que un tiempo atrás no quería ni oír nombrar en su presencia y ahora no le causaba ningún temor.

Dio las últimas disposiciones e instrucciones al Delfín, a quien había desterrado a Amboise y, delante de la Casa Real, lo nombró su sucesor, confiando la regencia a su hija primogénita Ana hasta que Carlos fuese mayor de edad. Al Santo le recomendó que los asistiera con su oración y sus consejos.

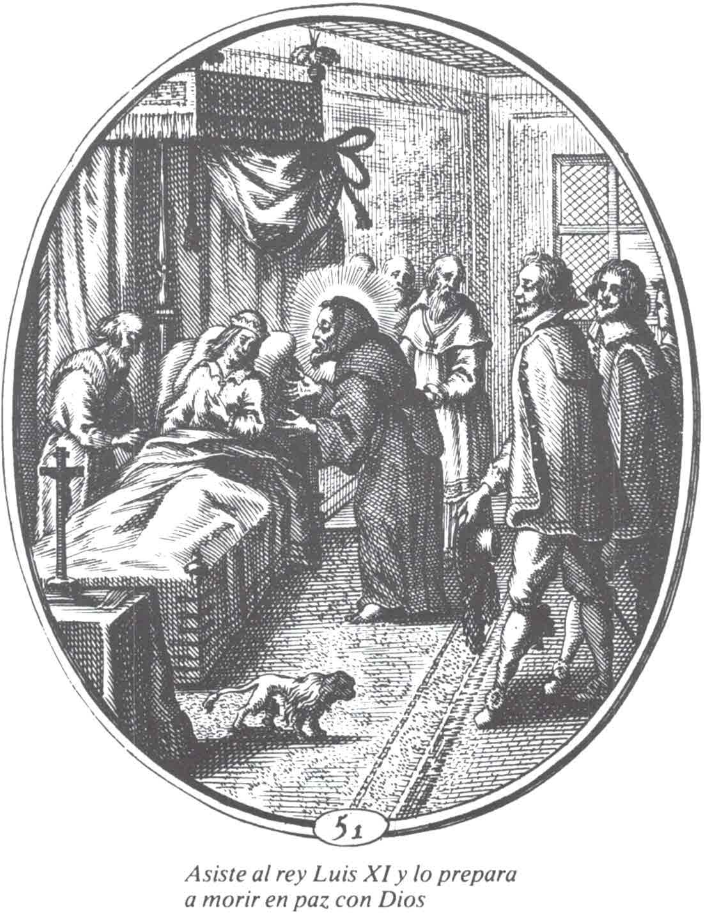
Recogió su espíritu y haciendo acopio de todas sus fuerzas, se preocupó únicamente de su alma, con la ayuda del «buen hombre» que velaba a su lado.



Los cortesanos de Francia observan maravillados al Santo en éxtasis en el parque de Plessis

En paz con Dios, habiendo recibido del Santo la seguridad de que moriría en sábado, como él deseaba para cerrar su vida bajo la protección de la Virgen, Luis XI, Rey de Francia, murió serenamente el 30 de agosto de 1483, a la edad de setenta y un años, invocando «Nuestra Señora de Embrun, mi buena Madre, ayudadme vos».

—No he visto morir a nadie con tanta paz —escribió el cronista de la corte.



Asiste al rey Luis XI y lo prepara
a morir en paz con Dios

El exilio continúa

Francisco se queda en la corte

Ana, primogénita de Luis XI, esposa de Pedro de Beaujeu, quería que el «buen hombre» se quedase en la corte. Tenía necesidad de las oraciones y de los consejos del venerado Ermitaño ahora que el horizonte de Francia se veía amenazado por los rayos de siniestras guerras.

De hecho la princesa, en su obra de gobernar, encontró la hostilidad de su primo Luis de Orleans, pretendiente al trono, que soliviantó a la nobleza.

Ana supo afrontar la situación yendo contra los rebeldes e invadió Bretaña una vez ganada la batalla de San Albino en 1488. El general en jefe fue Tremouille y el joven mo-

narca Carlos VIII participó también. Este, antes de comenzar la empresa, quiso confiar a Francisco el éxito de la guerra.

—Ten ánimo y confía en el Señor, porque hasta ahora no ha quedado confundido quien ha esperado en El —le aseguó el Santo junto con su oración.

Después de està profecía y la victoria contra Bretaña, la veneración del Rey y de su hermana hacia el «buen hombre» fue en aumento.

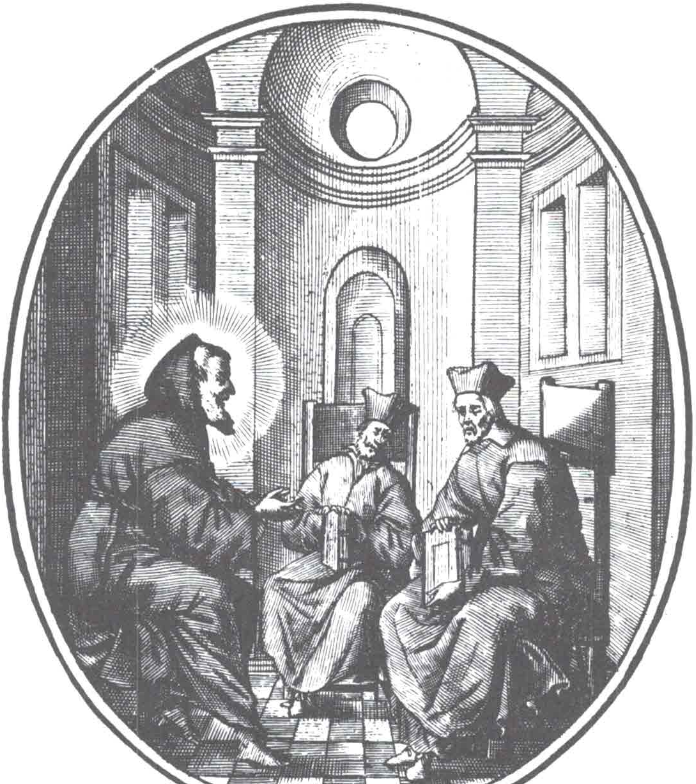
La regente Ana recurrió todavía al Santo para que le consiguiese del cielo un heredero. El Ermitaño la confortó diciendo:

—Señora, no os angustiéis por esto; antes de que yo deje Francia, tendréis lo que deseáis.

Un año después nacía Carlos, conde de Clermont, y luego una niña que llegó a ser duquesa de Montpensier.

En reconocimiento la soberana edificó en 1493 el convento de Gien, al sur de Orleans, a donde Francisco mandó al P. Bernardino de Otranto.

Más tarde, después de la muerte del Santo, será la primera en pedir la canozicación y trabajar con todas sus fuerzas para conseguirla.



Por ciencia infusa, el Santo habla a dos célebres doctores de París

Para que la paz volviera a las tierras de Francia y evitar el odio entre los nobles vencidos y vencedores, Francisco propuso el matrimonio entre Carlos VIII y Ana de Bretaña, de forma que esta región se unía a la Corona de Francia.

Celebrada la boda, la pareja real se trasladó a Montils, para manifestar personalmente al Santo las más efusivas gracias por la sabiduría que demostró al sugerir el matrimonio y le rogaron fuera el padrino de todos los hijos que tuvieran.

Escribió el P. Bourdaloue:

—Francia debe a Francisco de Paula el beneficio conseguido de la unión existente con Bretaña. Al Santo de Paula nuestros Reyes son deudores de esa provincia, una de las más nobles y hermosas; a San Francisco de Paula debe Bretaña la gloria de pertenecer a la Corona de los Reyes de Francia.

Protección de los soberanos

La afectuosa protección de los soberanos hacia el «buen hombre», fue decisiva para patrocinar el reconocimiento oficial y el consolidamiento expansivo de la joven Orden.

Gregorio de Vico escapa de la muerte en la batalla de San Albino por una candela bendecida por el Santo; depone las armas y se hace religioso mínimo.

En nombre de Carlos VIII, el 19 de marzo de 1485, la regente con cartas de patente, legislaba la posesión de la modesta residencia situada en los límites del castillo de Plessis, que Francisco había obtenido oralmente del difunto monarca Luis XI.

Paralelamente el Rey interponía sus buenas relaciones con el nuevo Papa Inocencio VIII para hacer confirmar todos los privilegios que su predecesor Sixto IV había concedido a la *Congregación de Frailes Ermitaños.*

A la confirmación pontifica siguió el reconocimiento por parte de la autoridad religiosa y civil de Francia. «Ruega el Rey a los Arzobispos y Obispos y a otras autoridades eclesiásticas, acojan y hagan benignamente acoger a los suplicantes y a sus sucesores, permitiéndoles aceptar los lugares, oratorios y eremitorios que les fueren dados al presente y en lo porvenir, para el servicio divino. El Rey declara además que toma a estos religiosos bajo su protección, a fin de que puedan con más facilidad, seguridad y sosiego servir a Dios, nuestro Creador». Con estas cartas publicadas el 18 de abril de 1488, el Rey «acogía la petición del querido y amado hermano Francisco de Paula».